

TERCERA PARTE.

SALVADOR Y JULIO.

DERRUMBAMIENTO.

Habian transcurrido once años.

Amanecia: los primeros rayos del sol hirieron de frente la cara de un jóven que se hallaba recargado en el antepecho de una ventana: este jóven tendria unos diez y seis años. Tenia una fisonomía abierta y simpática: su cara revelaba salud. El óvalo de su rostro lo coronaban cabellos negros como el ébano; la frente era alta y un poco convéxa: la nariz afilada: los ojos negros, grandes y llenos de inteligencia. Las miradas que lanzaban aquellos ojos eran profundamente

CAPITULO ALFONSO DE SALVADOR

melancólicas: podía leerse en sus pupilas algo misterioso, como la aceptación tranquila de algún futuro martirio: la boca era pequeña. El conjunto de aquel rostro era sumamente agradable: era una de esas fisonomías que se ven una sola vez y jamás se olvidan, por la impresión que dejan en nuestra alma: este joven era Salvador.

Vivia hacia dos años en un pobre cuarto de la calle del *Apartado*, que se hallaba en la azotea, y que tenía una ventana con vista al Oriente.

Don Nemesio había muerto un año después de la prisión de Julia, ignorando, como era consiguiente, este suceso. Salvador pasó á poder de su padrino. Nuestro doctor había sembrado en la inteligencia del joven los primeros gérmenes de la ciencia.

Cuando Salvador entró al colegio de San Ildefonso, su padrino murió de una fiebre en la cabeza. El doctor había colocado una pequeña cantidad en una casa de comercio, que redituaba veinticinco pesos mensuales. Esta pequeña renta y algunos muebles, eran todo el patrimonio del joven estudiante.

El doctor había ganado bastante dinero, pero lo había repartido entre los pobres; por esta razón le había dejado á su ahijado tan escaso haber. En cambio, le había formado el corazón: un corazón modelado por el suyo. El alma de aquel filantrópico hombre, debía estar gozando en el seno de Dios.

Hemos dicho que el sol hirió con sus rayos el rostro del joven, que se hallaba recargado en la ventana: nos falta agregar que estaba triste, profundamente triste, y que había llorado toda la noche.

¡Llorar á los diez y seis años! ¿y por qué? Vámos á decirlo.

Salvador, desde que tuvo uso de razón, preguntó por qué se apellidaba él Pastrana: quién había sido su padre. Se le contestó ambiguamente, y jamás su padrino le volvió á hablar de aquel asunto. Cuando murió el doctor, el joven heredó, entre otras cosas, una caja pequeña de madera fina, conteniendo objetos de su madre: Salvador nunca había querido abrir aquella caja; pero la víspera del día en que lo presentamos á nuestros lectores, Salvador había abierto la caja, y se había impuesto de su contenido.

Entre otras cosas se encontró con algunos borradores de cartas de Constanza, dirigidas á un amante á quien solo daba el nombre de *Gerardo*: otras de él á ella, firmadas con el mismo nombre ó con una inicial.

Lo que Salvador sacó en limpio, fué que aquel Gerardo había sido el amante de Constanza, y que él era hijo natural.

Salvador sintió un golpe extraño en su alma: su poético corazón se sintió herido de muerte: su imaginación no buscó subterfugios para acallar su pena.

Se creía digno de las consideraciones sociales, y desde el instante en que descubrió su procedencia ilegítima, se creyó indigno de estrechar la mano de ningún hombre honrado.

—Quizá vive mi padre, se decía Salvador en aquella noche de angustia: ¿por qué me abandonó?..... ¿Qué motivó su ingratitude?..... ¿Con que es decir que me pasaré en la vida sin esta tierna afección?.....

Al entrar en el sendero de la vida, tropezar con la seducción, con el amor criminal, con un padre desnaturalizado que solo por un torpe placer os engendró!..... Y la persona

débil, y la muger seducida, y la muger engañada, ser su madre..... Y el raptor de la honra, el autor de su vilipendio, era su padre.....

Manuel Acuña, poeta que me favorece con su amistad ha dicho:

....«La madre es solo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasagera
Con que la ingrata vida atravesamos»

Esto mismo podia decir Salvador, hablando de su padre, á quien no debia mas que haberlo enjendrado, por satisfacer un placer bastante torpe.

La noche de Salvador fué dolorosa: el insomnio y el llanto sus compañeros.

Y aquel llanto vertido por un adolescente, aquel llanto que le quemaba las mejillas de rubor y le torturaba el corazon de angustia, vertido en las altas horas de la noche, por un niño de cuyos ojos huye el sueño, porque ya siente lo que es un pesar; aquel llanto, lo repetimos, clamaba al cielo *justicia* contra la odiosa incontinencia del pérfido seductor!!.....

En medio de un caos de ideas negras, Salvador halló un consuelo, vió con los ojos del alma la tierna figura de Jesus, diciendo: *Venid á mí, todos los que no tengais padre, que yo soy el padre universal.*

Los pesares son relativos á la edad y proporcionados á la fuerza moral del individuo: todo tiene su escala en la vida, y el corazon poco á poco, digámoslo así, se va acostumbrando al dolor. No es compatible, no es justo, que al que en-

tra por el sendero de la vida, al que está en el albor de la mañana juvenil, de improviso, por una causa no buscada, por un acontecimiento anterior á su venida al mundo, sea sepultado en la oscuridad de una noche de dolor y decrecimiento. ¡Pesar prematuro! ¡dolor anticipado! ¡llanto vertido en la oscuridad de una noche sin nombre! ¡angustia infinita que oprime el corazon!..... ¿Qué sentiria el alma de Salvador, dotada de esquisitos sentimientos, al saber su deshonoroso origen?

Lo hemos dicho, aquel corazon no estaba preparado, aquel pecho, ageno á la emocion que produce el dolor, aquella imaginacion, por donde solo habian cruzado pensamientos halagüeños, quimeras febriles, que forja la imaginacion de todo jóven, castillos fantásticos para el porvenir, todo vino abajo..... El corazon no quedó herido, sino muerto moralmente, muerto, sí, y para siempre.

El jóven Salvador juró no deshonorar á ninguna muger, respetando lo que otros ven con menosprecio: la virginidad.

—Nunca tendré un hijo que me eche en cara algun dia su origen vergonzoso, se dijo.

Salvador pensaba esto apoyado de codos en la ventana: en esta postura y con una inmovilidad contemplativa, permanecié el jóven hasta que vino á sacarlo de sus meditaciones la vez de una criada que le hablaba por su nombre.

Salvador dejó su actitud melancólica, se dirigió á la puerta y la abrió.

—Niño, niño, he venido corriendo, exclamó la sirviente, soplando con fuerza para tomar aire.

—¿Pues qué hay?

—Quién sabe lo que ha pasado anoche, niño; pero lo que yo *vide*, fué que *regañaron* á la niña. *Croque* le cogieron una carta de usted: aquí traigo un papelito de la niña, im-

póngase usted de él, y ya me voy porque no me vayan á echar de ménos.

—Espere usted, Francisca, espere usted.

Y Salvador registró las bolsas de sus chalecos, encontrando al fin lo que buscaba.

—Tome usted esta friolera, Francisca, y dígale usted á la niña que voy á escribirle.

La criada recibió el dinero, se puso colorada de emoción, se cubrió la cara con el rebozo, rascó la pared con las uñas y salió diciendo:—Ah qué niño, tan..... si no lo hago por paga..... Y desapareció.

LA CARTA.

Salvador había permanecido inmóvil y mudo contemplando la carta que la criada le había entregado.

Al cabo de un rato suspiró con emoción, abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Salvador:

«Anoche, despues de que te despediste de mí en la venta-
na, me dirigí á mi cuarto, y creyendo que estaba sola, me
«puse á ver tu retrato: ocupacion á que me entrego siempre
«que estoy triste.

«De improviso, siento que una mano se posa en mi espalda,
«vuelvo la cara, y me encuentro con papá. Creí morirme de
«miedo y de vergüenza: papá me quitó las cartas y tu retrato
«y me obligó á decirle todo.

«Como me ha enseñado á no mentir nunca, le dije la ver-
«dad. Leyó tus cartas: durante su lectura, yo temblaba
«delante de él..... Mas cuál fué mi sorpresa cuando ví
«que me las devolvía..... Entonces me eché á llorar.

«Mi padre me llevó á su cuarto, me habló largamente de nuestros amores, y me dijo que era yo muy niña y tú también.»

«Salvador: yo creo que tú me amas, y si no me engañas, te ruego le hables á papá.»

«Te ama mucho tu

SOFIA.»

El jóven, cuando hubo concluido de leer la carta de su novia, tenia inundados los ojos de lágrimas.

Son las ocho de la mañana, se dijo Salvador; voy á escribirle á Sofía y á su padre, aunque no vaya yo á la cátedra, sí, la amo y no soy capaz de engañarla; Dios me libre..... No soy Gerardo, para seducir.....

¡Qué hermosas palabras en la boca de un adolescentel! ¡Qué reproche tan severo! Salvador sacaba un fruto magnífico de su desgracia.

Nuestro estudiante se sentó frente á una pequeña mesa, y escribió lo siguiente:

«Sofía:

«La lectura de tu carta me conmovió en extremo: tiene razón tu buen padre; pero él no sabe lo mucho que te amo: él no sabe que eres mi único amor, mi porvenir, la recompensa que ambiciono, y que si á Dios place, serás mi esposa al concluir mis estudios.»

«Muéstrale la presente carta, y suplicale en mi nombre que me permita hablarle. Acataré sus mandatos y reglamentaré mi conducta de la manera que él se sirva prevenirme.»

«Espera tu respuesta, tu amante

SALVADOR.»

El jóven plegó la misiva y se la guardó en el bolsillo.

La novia de Salvador era una niña verdaderamente: contaba catorce años. Salvador la habia conocido en un paseo público; sintióse conmovido al verla, y se propuso averiguar á dónde vivia.

Sofía, que no por su calidad de niña, dejaba de ser muger, comprendió al punto que habia llamado la atención del jóven estudiante. Mirólo de esa manera con que saben ver las mugeres cuando se proponen demostrarle á un hombre que no les parece mal su inclinacion.

Salvador, alentado con aquella mirada, comenzó á seguir á Sofía.

Su alegría no tuvo límites, cuando vió que la niña entraba en una casa baja de *San Pedro y San Pablo*.—Estamos á un paso, se dijo Salvador, la veré al entrar y salir de cátedra.

Comenzaron las hostilidades, dando por resultado que aquella débil plaza se rindiera ante tan simpático enemigo, que tenia por armas un rostro agraciado y una elocuencia muy superior para un niño de su edad.

Los amantes niños se escribian diariamente y se veian algunas noches por la ventana.

Sofía tenia únicamente padre: su madre habia muerto dejándola pequeña. El padre de la jóven era un viejo militar mutilado y que vivia tranquilamente con el fruto de una módica renta que le habia dejado su esposa.

Don Joaquin Cabrales era un hombre instruido y prudente: amaba á su hija única con ternura, y al descubrir sus inocentes amores, no la amonestó por ellos, sino que la aconsejó prudentemente, proponiéndose manejar aquel negocio con

toda la experiencia que dan los años y el conocimiento del corazón humano: cosa de que se preciaba el señor Cabrales.

Sofía sabía muy bien el amor que su padre le profesaba, y se dió el parabien despues de que don Joaquin descubrió sus relaciones con Salvador.

El padre de la jóven era un hombre de cincuenta años: alto, de color moreno, bronceado por el sol: luengos bigôtes, ojos negros, que dirigian miradas terribles. Su voz era áspera y bronca. El exterior no correspondia con el interior.

Sofía era mas bien simpática y graciosa que bella. Ojos negros que interpretaban la pureza de sus sentimientos: color apañonado; boca pequeña, nariz afilada: el pelo abundante y fino. Reunido á esto, la voz que no se puede describir y que forma una parte muy esencial en la belleza, en la simpatía de la muger.

Hemos dicho lo bastante de la jóven Sofía.

Salvador salió de su cuarto, cerrando con llave, y se dirigió á rondar la calle de «San Pedro y San Pablo.»

Despues de una hora de espera, salió Francisca, la criada.

—Niño, ¿qué hace usted aquí? ¿Y si el amo lo va á ver á usted?

—Poco importa, Francisca, llévele usted esta carta á la niña, procurando dársela delante de su papá.

—¡Dios me libre!

—Hágalo usted así.

—Pero..... y..... si el amo.

—Le dice usted que yo le dije lo hiciera así.

La criada tomó la carta, y media hora despues volvía al sitio á donde era esperada por Salvador.

—¿La vió su papá?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Se rió, y luego dijo que la niña escribiera. Aquí traigo este papel. Y Francisca entregó á Salvador un papel que solo decia estas palabras:

«Te espero á la noche, ven..... Papá te quiere ver.—

«SOFIA.»

El jóven, con una emociion que nunca habia sentido, se guardó el papel, y con cierto aire de gravedad, le dijo á la criada:

—Dígale usted á la niña que seré puntual y que espero que su papá acceda á mi súplica.

—¿Se va usted á casar? preguntó la criada muy contenta.

—Luego, no; dentro de seis años, repuso Salvador ruborizándose.

—¡Uy.....! hizo la criada, la vida de un cristiano. Adios, niño, ya me voy.

Salvador se alejó de Francisca, pensando tantas cosas, que su cabeza ardía cual si tuviese fiebre. Las palabras de la criada habian herido su amor propio.—Pues bien, se decia, veré lo que hago, y me casaré mas pronto.

Sin conciencia de lo que hacia, Salvador entró en el colegio.

La voz de don Joaquin acabó de desconcertar al niño: dió dos pasos y balbució esta palabra:

—Señor..... y no puedo concluir.

—Vamos, acérquese usted y siéntese.

Salvador logró dominarse, y se acercó al señor Cabrales.

—Siéntese usted, dijo el papá de Sofía, dulcificando su acento áspero por naturaleza.

—Señor: perdóneme usted mi turbacion; no sé lo que me pasa, no me puedo explicar lo que me ha sucedido.....

Don Joaquin examinaba el rostro del joven, y su mirada profunda habia penetrado hasta el corazon de Salvador.

—¿Y por qué se halla usted turbado?

—Creo que..... al hablarle á un padre de un negocio tan sério..... y mas como sé lo que usted dijo de.....

—¿Ama usted á Sofía? le interrumpió don Joaquin, saliendo otra vez de tono.

—Sí, señor, contestó el joven tímidamente, pero con un acento que revelaba su cariño.

—Bien, dígame usted lo que pretende.

—Señor, que apruebe usted nuestras relaciones.

El señor Cabrales se sonrió y repuso:

—¿Qué edad tiene usted?

—Voy á cumplir diez y seis años.

—¿En qué se ocupa usted?

—Estudio.

—¿Qué?

—Matemáticas.

—¿Y luego?

—Seguiré estudiando medicina, por obsequiar los deseos de mi padrino que siempre me suplicaba estudiase para obtener el título de médico.

—¿Y sus padres de usted?

—No los tengo, contestó Salvador con un acento doloroso.

—¡Comol! ¿pues con quién vive usted?

—Solo.

—Solo y tan niño..... Y el señor Cabrales examinó con mayor atencion á Salvador.

—¿No tiene usted parientes?

—No señor: mi madre murió al mes de haberme dado á luz..... Nunca he sabido de mi padre. Mi abuelo fué el que me crió: murió tambien, dejándome de seis años de edad; entónces pasé al lado de mi padrino el doctor Salvador R** A él debo mi educacion.

—¿Pues por qué no vive usted con él?

—Hace dos años que lloro su muerte. Mi padrino poseia un capital mediano, pero como fué tan caritativo, al morir solo pudo dejarme una pequeña cantidad, cuyo rédito mensual de veinticinco pesos es lo que poseo.

El señor Cabrales miró con profunda tristeza á Salvador.

—¿Y vive usted?.....

—En la calle del «Apartado,» en una pieza que está en la azotea.

—¿En dónde conoció usted á Sofía?

—En un paseo: su gracia me cautivó..... Tengo tal necesidad de amar á alguien, que.....

Don Joaquin tosió recio para disimular su emocion.

—De manera que, Sofía.....

—Es mi única afeccion sobre la tierra.

—No, joven: yo soy su segundo padre de usted desde este instante. Y el señor Cabrales estrechó conmovido la mano de Salvador. El joven apenas podia dominar su emocion.

Reinó un momento de silencio.

—No creía yo hacer una transacción tan completa con usted, Salvador: pero veo que es usted digno de mi aprecio. Es usted muy joven, pero no importa; ame usted á Sofía, siga usted sus estudios con empeño, y el cielo premiará su orfandad y sus desgracias: yo visitaré á usted, le repito que me repite como su padre: usted venga todas las noches, el tiempo hará lo demás.

—Señor..... yo..... deme usted su mano.

Salvador llevó la mano del señor Cabrales á sus labios.

—Vamos, dijo don Joaquín, usted querrá ver á la novia, ¿no es cierto? ¡Sofía!

La puerta se abrió al punto: lo que probaba que la joven estaba á la expectativa. Entró en la sala toda turbada y con los ojos bajos.

Salvador se había puesto en pié.

—Papá.....

—Este joven quería verte.

—Sofía.....

—Salvador.....

Los amantes niños tenían embargada la voz por la emoción mas púdica.

El señor Cabrales experimentaba un placer nuevo, extraño hasta entónces para él.

—Siéntese usted, Salvador. Vamos, dale la mano, dijo á su hija.

Sofía tendió su preciosa mano á su amante, y ambos se estremecieron.

Don Joaquín se sentó entre los dos niños, tomó la mano de Salvador y la colocó sobre la de Sofía, diciendo:

—Vaya, *mocosos*, no hay un papá tan complaciente como yo, ¿no es cierto? Pero me siento conmovido ante el cariño

de ustedes. La Providencia quiera concederles el logro de su intento, y á mí la satisfacción de verlos..... esto es delicioso: ¡caramba! pues no lloro?..... ¡qué barbaridad! Ya soy un mandria, continuó diciendo don Joaquín, á la vez que enjugaba sus lágrimas.

Si aquel hombre, cuyo corazón era duro para las emociones, lloraba, ¿cómo estarían los niños?..... Habíanlo abrazado, mezclaban sus lágrimas y formaban un grupo encantador.

—Papá, te suplico que Salvador se quede á cenar con nosotros.

—Sí, hija mía, haz lo que quieras.

—Gracias, Sofía, repuso Salvador.

Y los dos amantes niños se miraron con profunda ternura. Nosotros suponemos que solo los ángeles podrán mirar así.

Salvador se creía el hombre mas feliz de la tierra: y en efecto lo era; su corazón palpitaba conmovido y experimentaba un placer tan extraño, como si una lluvia de lágrimas cayese sobre él..... Se sentía envuelto, magnetizado con la mirada de Sofía: su primer amor.

La niña estaba encantadora: con los ojos húmedos aún por el llanto, contemplaba á Salvador; teniendo entre sus manos las de su amante, su cabeza la reclinaba sobre el hombro de su padre.

En cuanto al señor Cabrales, ya hemos dicho que había llorado, y que veía á los niños conmovido.

El amor, el amor del alma, conmueve hasta á un anciano, en cuyo corazón quedan siempre gérmenes de tan bello sentimiento..... ¡Qué bello es el pudor! ¡qué bella es la castidad! ¡qué hermosas esas horas que se pasan al lado del objeto amado, absorbiendo su mirada, sintiendo en nuestro

corazon las palpitaciones mas suaves que el placer determina!

Yo creo que en esos momentos, un espíritu enviado por el mismo Dios se cierce sonriendo por encima de las cabezas de los que se aman, y murmura misteriosamente aquellas palabras que dijo Jesus: *Amaos los unos á los otros.....*

Con unas cuantas horas de ternura acababa Dios de recompensarle á Salvador años de sufrimiento. Es cierto que las horas del sufrimiento se prolongan, y las del placer pasan ligeras, pero las segundas dejan en nosotros tales recuerdos, que ellos solos bastan á suavizar nuestros pesares.....

Sofía suspiró y dijo:

—¿Está usted contento, Salvador?

—Cómo no estarlo, Sofía, si acabo de encontrar una nueva familia; cómo no estarlo, si en su padre de usted y en usted están todas mis afecciones..... Ya tengo padre, ya tengo..... y el jóven se turbó sin poder concluir.

—Dilo, Salvador, dilo: ya tienes un corazon amante, una futura esposa, exclamó don Joaquín con entusiasmo. Cuando seas su esposo, cuando Dios haya santificado esta union, seré mas viejo, entónces ustedes formarán el encanto del anciano..... Y cuando yo muera, ustedes cerrarán mis ojos.....

—Señor..... no nos diga usted eso.....

—Papá, nos haces llorar.....

—Es verdad, soy un tonto; hablemos de otra cosa: esta es la noche mas feliz de mi vida.

—Y la mia tambien.

—Y la mia, dijo Salvador con un arranque de ternura y de pasion, porque su hija de usted es la única muger á quien he amado.

—Vamos al comedor, pícaros *mocosos*, que me han hecho llorar.

Y don Joaquín, llevando de la mano á sus hijos, salió de la sala.